

Con todas estas cualidades, su naturaleza era apática. No haría daño; pero lo dejaría hacer, no porque no tuviese la inteligencia suficiente para comprender el mal, sino porque no tenía la fuerza de voluntad necesaria para reprimirlo.

Ninguna mudanza se verificó en el personal despues del fallecimiento del cardenal.

Quedó Amelot en Hacienda, los señores Maurepas y San Florentin recibieron por colega al señor Argenson que entró en el ministerio de la Guerra en reemplazo del marqués de Breteuil, que como se ha dicho, acababa de morir. Orri conservó el registro de Hacienda, y Aguesseau permaneció de canciller.

De este arreglo resultaba que poniéndose el rey, como decia, al frente de la direccion de los negocios, no tomaba sobre sí ningun cargo grave; los negocios seguian el impulso dado, y la máquina gubernamental marchaba por sí sola.

Luis XV por otra parte se hallaba en aquellos momentos mucho mas ocupado en sus amores que en la política.

Rodeado por Meuse, el conde de Noailles, el duque de Agen, Villeroy, Guerchy, Coigny, Fitz-James, Aumont, Goutant y Richelieu, continuaba el rey tejiendo tapices, y todo el mundo lo imitaba, hombres y mujeres.

La nueva corte de la señora de la Tournelle se componia de las princesas de Conti, de Charolais, de la Roche-Sur-Yon; de las señoras de Antin, de Soubise, de Egmont, de Bouffleurs y de Chevreuse. Solo la señora de Maurepas no hacía la corte á la Tournelle, ó por mejor decir, la Tournelle no capitulaba con la Maurepas, á la que la Tournelle y sus amigas llamaban la Dama de Pica.

Cuando la señora de la Tournelle se habia entregado al rey, debe recordarse que fué despues de haberse resistido por mucho tiempo.

A semejanza de los gobernadores de plazas fuertes que se venden, así habia ella gastado aquel tiempo en discutir y hacer aceptar sus condiciones. Enrique IV habia comprado París al señor de Brissac; su cuarto sucesor, Luis XV, tuvo que ratificar las condiciones que impuso la cuarta hija del marqués de Nesle.

Hé aquí los artículos de la capitulacion del 10 de diciembre de 1742, propuestos por la señora de la Tournelle y ratificados por el rey.

ARTÍCULO PRIMERO.— Mi hermana, la señora de Mailly, saldrá de Versalles y será encerrada en un convento.

ART. 2º.— Mi título de marquesa se trocará por el de duquesa, con los honores y distinciones anejos á esta dignidad.

ART. 3º.— Me proporcionará el rey una fortuna tal, de que no pueda privarme ningun acontecimiento, y mi fortuna será independiente de todas las variaciones que puedan ocurrir en las inclinaciones de S. M.

ART. 4º.— En caso de guerra, se pondrá el rey á la cabeza de sus ejércitos; no queriendo la señora de la Tournelle que se le acuse de haber estorbado que el rey cumpla con sus deberes de soberano.

Ya hemos referido cómo habia sido cumplida por Luis XV la primera de las condiciones, que convirtió á pesar de todo el claustro en un palacio en la calle de Santo Tomás del Louvre.

«Luis, por la gracia de Dios, etc., etc. Siendo el derecho de conferir títulos y honores, uno de los atributos mas sublimes del poder supremo, los reyes nuestros predecesores nos han dejado muchos monumentos del uso

que han hecho de este poder en favor de las personas, cuyas virtudes y mérito han querido ilustrar.

» Considerando en consecuencia que nuestra querida y muy amada prima María de Mailly, viuda del señor marqués de la Tournelle, es descendiente de una de las primeras familias de nuestro reino, enlazada con la nuestra y con las mas antiguas de Europa; que sus antecesores han hecho de muchos siglos á esta parte grandes é importantes servicios á nuestra corona, hemos tenido por conveniente darle por nuestro decreto de 20 de octubre último (1743), el ducado de Chateauroux con todas sus pertenencias y dependencias, sito en Berry, que hemos adquirido de nuestro muy querido y amado primo Luis de Borbon, conde de Clermont, principe de nuestra sangre. Y por el misma decreto habemos mandado se expidan en favor de nuestra dicha prima, todos los títulos y documentos necesarios, y en consecuencia del mismo decreto ha tomado el título de duquesa de Chateauroux y disfruta en nuestra corte los honores correspondientes á este título. »

Este título le fué remitido á la señora de la Tournelle en una cajita, que contenia además un contrato de 80,000 libras de renta.

El señor Maurepas habia sido vencido; la señora de la Tournelle era duquesa, era la favorita del rey, tenia su fortuna asegurada, y lo que era un favor superior á todos, tenia asiento en la corte.

La última estipulacion de la señora de la Tournelle, que exigia que el rey se pusiese al frente de sus ejércitos no estaba destituida de fundamento.

La muerte de Carlos VI habia puesto en peligro la paz de la Europa.

En virtud de una pragmática-sancion, María Teresa, gran duquesa de Toscana, su hija primogénita, habia

sido reconocida por los grandes, por el ejército y por la magistratura, como heredera y soberana de los estados que componian la sucesion de su padre.

Veamos cuál era la situacion de Europa cuando acaeció la muerte del emperador.

El ministerio del cardenal de Fleury habia luchado sin cesar con el solo objeto de conservar la paz. Las guerras de Italia y de Alemania habian hecho titubear por un momento al ministro; pero en el momento que se le presentó una ocasion favorable, la aprovechó, terminando esta guerra en 1738 por el tratado de Viena.

El turco desolaba la casa de Austria; el cardenal se interesó por la situacion del emperador, y su embajador, el marqués de Villeneuve, obligó á la Puerta á que concluyese con el imperio el tratado de 1739.

Agitada Génova por las facciones, envió el cardenal tropas á Córcega para comprimir allí una insurreccion que hubiese complicado la situacion de los genoveses.

Todas las naciones, inclusa la España y la Gran Bretaña, miraban á la Francia como una madre comun que tenia la mision de mantener la paz entre sus hijos, los reyes de Europa.

Existia por desgracia entre estos soberanos, un rey que nunca habia sido sumiso y dócil. Era Federico II, el cual, como se ha dicho, acababa de heredar el trono de su padre, y con el trono veinte millones de escudos y ochenta mil soldados perfectamente uniformados.

Este ejército, no tal vez el mas numeroso, pero sí el mejor y mas regular de Europa, tenia además todo su material completo.

Habria bastado una sencilla orden del rey para que todo el ejército con su material hubiese entrado al instante en campaña.

Por esto escribia el señor de Beauveau, embajador de

Francia cerca de Federico, que el rey de Prusia se sofocaba en su reino, y que necesitaba un lecho mas grande para reposar.

¿Y á costa de quién habria podido el rey de Prusia adquirir ese mayor lecho que necesitaba? Era evidente que no podia ser sino á costa del Austria.

Para este objeto tenia Federico II dos aliados naturales: la España y la Francia.

La España, en la guerra de 1733, le habia ya tomado al Austria el reino de Nápoles, y á cada ocasion que se presentaba, no dejaba de reclamar á diestro y siniestro algunos trozos de provincia ó alguna prerogativa honorífica.

Así es, que apenas subió al trono María Teresa, le pidió á esta le cediese la orden del Toison de oro. La reina, que era la que en España lo dirigia todo, habia averiguado, que conforme al derecho público de Austria, heredaban las mujeres las soberanías de sus padres, y que de consiguiente, todo lo que Carlos VI habia dejado á María Teresa, pertenecia de derecho á Felipe V, heredero por las mujeres de un heredero de Carlos V.

En cuanto á la Francia, el Austria era su antigua enemiga; la política de Enrique IV, de Richelieu y de Luis XIV, tendian constantemente á reducirla. Le habian quitado poco á poco los medios de llegar á ser nunca potencia marítima; la habian circunscrito en el continente y confinado en el fondo de la Alemania; y así como en la última guerra, la España le habia quitado á Nápoles, la Francia le habia tomado la Lorena.

Lo que convenia á los intereses de la Francia y de la España, no debia convenir naturalmente á la Inglaterra: la alianza de la Francia con la Gran Bretaña habia sido siempre corta y agitada. La Francia en posi-

cion de ser á un tiempo potencia marítima y continental, debe causar continuamente celos á la Inglaterra. Solo los intereses de familia pueden tener unidos á sus gobernantes; pero nunca los intereses del pueblo.

En cuanto á la España, hacia ya tiempo que se hallaba empeñada en guerra con la Inglaterra; vamos á manifestar la razon porque la Inglaterra habia declarado esta guerra.

Por los tratados de Utrecht y de Sevilla podian enviar los ingleses todos los años á las posesiones españolas en América un buque de quinientas toneladas, cargado de mercaderías. Pero una vez fondeado este buque, en cualquiera rada, dejaba de ser un buque de transporte, y se convertia en un almacén, que á medida que se vaciaba en la colonia, venian buques menores contrabandistas á traerle nuevas mercaderías, de suerte que los españoles nunca veian el fin del interminable cargamento de este buque; y el comercio de las colonias españolas, amenazaba pasar por entero á manos de los ingleses.

Se decidió entonces la marina española á hacer á los contrabandistas una guerra encarnizada.

Fué apresado un buque pequeño inglés en flagrante delito; lo mandaba un inglés llamado Jenkins; el capitán español hizo poner grillos á toda la tripulacion, y mandó cortar las orejas y la nariz al patron.

De vuelta á Inglaterra se presentó Jenkins al parlamento, así mutilado, y fué acogido con admiracion, mientras que en el exterior del parlamento los gritos del pueblo inglés pedian venganza.

Interrogado Jenkins refirió sencillamente los pormenores de su apresamiento y de su suplicio, añadiendo en seguida:

— Luego que me cortaron la nariz y las orejas me

amenazaron con la muerte, y yo la esperaba resignado recomendando mi alma á Dios y mi venganza á vuestra justicia.

Entonces el parlamento no pudo hacer otra cosa que repetir el grito del pueblo, y se declaró la guerra á España.

Tal era la posicion de todas las potencias, cuando María Teresa fué proclamada emperatriz de Austria.

Tenia entonces María Teresa 23 años de edad, de hermoso rostro y majestuosa talla; conservaba toda la tranquilidad de su carácter, aunque conocia que toda la Europa la amenazaba y se preparaba á despojarla.

Y con efecto, la España se alistaba para hacer la guerra en sus posesiones de Italia.

El rey de Cerdeña ambicionaba posesionarse del Milanesado.

Federico permanecía extendido y fortificado en la Silesia.

Y la Francia dirigia sus tropas á las Flandes y al Rhin.

Tambien esta vez el cardenal de Fleury, aunque decia que no habia hombres para la guerra, se habia visto obligado á conformarse con ella.

El señor de Belle-Isle lo habia decidido.

El conde de Belle-Isle, sostenido constantemente en todos sus proyectos por el caballero de Belle-Isle, hombre casi tan notable como él, habia improvisado un plan diplomático y militar de la mayor importancia. El consejo se habia ocupado diez sesiones en examinarlo; y á pesar de la silenciosa oposicion del cardenal de Fleury, el plan fué aprobado, y viendo entonces el cardenal la tendencia general, no solo se unió al movimiento, sino que quiso dirigirlo.

Pedia el conde de Belle-Isle cien mil hombres.

Fleury puso alguna dificultad en este número, porque cien mil hombres en campaña iban á consumirle en un año todo cuanto habia economizado en diez.

Entonces presentó al rey el señor de Belle-Isle una estadística en la que mil y quinientos caballeros de 17 á 30 años pretendian emplearse personalmente en el servicio, y sacrificar su patrimonio por la gloria de la Francia. Casi sin otro auxilio mas que el que le prestase la nobleza se podrian llevar ciento y cincuenta mil hombres á las orillas del Rhin.

Apoyó el rey las ideas del conde de Belle-Isle: veia que en esta guerra iba á ganar para la Francia las fronteras del Rhin. Aun titubeaba Fleury, pero el rey declaró que tenia contraidos compromisos con el rey de Prusia, y el elector de Baviera. En su consecuencia, se dieron instrucciones al señor de Belle-Isle para marchar á Berlin y á Munich, y fué perfectamente recibido por el rey Federico y el elector Carlos Alberto.

Tenia el rey de Prusia cincuenta mil hombres en Silesia, y el elector de Baviera tenia treinta mil sobre el Inn y el Dauubio.

Pedia cuarenta mil franceses, ofreciendo apoderarse de la corona imperial, y una vez declarado emperador, cedia á la Francia la orilla izquierda del Rhin.

En cuanto á María Teresa, se la dejaria permanecer como reina de Hungría.

Recibió el elector Carlos Alberto los cuarenta mil hombres que habia pedido, y fué nombrado generalísimo de los ejércitos francés, bávaro y sajón.

Otro ejército de cuarenta mil hombres, á las órdenes del mariscal de Maillebois, se concentró en Westphalia para contener á los hannoverianos y al territorio de Brunswick, y vigilar á los estados de Holanda y los Países Bajos austríacos.

Por esto escribía María Teresa á su suegra la duquesa de Lorena el 18 de mayo de 1741 :

« No sé si me quedará hoy alguna poblacion en que pueda recogerme. »

Rodeada por tales peligros, hizo María Teresa una manifestacion á sus fieles húngaros. Se presentó á la dieta llevando en brazos á su hijo, y los palatinos exclamaron al verla :

« *Moriamur pro nostro rege Maria Theresa.* »

Y en cambio de este grito de entusiasmo, prestó María Teresa el antiguo juramento del rey Andrés II, que se remontaba al año de 1222, concebido en estos términos :

« Si yo ó alguno de mis sucesores, en cualquiera época que sea, quisiese infringir vuestros privilegios, que en virtud de esta promesa que acabais de hacerme, os sea permitido á vosotros y á vuestros descendientes, defenderos sin ser tratados de rebeldes. »

Era un magnífico espectáculo ver á esta emperatriz con su hijo en brazos, pidiendo socorros á sus pueblos. Esta escena de la dieta de Hungría, tuvo eco en Europa. La emperatriz de Rusia, jóven y bella, se declaró en favor de otra emperatriz, tambien jóven y hermosa como ella. Walpole, el aliado que habia sido del cardenal de Fleury, acababa de caer en Inglaterra; Cartret, enemigo de la Francia, le sucedió. La duquesa de Marlboroug se proclamó la admiradora de María Teresa, y se puso al frente de una suscripcion que produjo ocho mil libras esterlinas. Los estados generales de Holanda le ofrecieron un empréstito de tres millones de ducados. La campaña se abria con todos los elementos de una guerra general.

Toda la nobleza de Francia se habia alistado en las

banderas. El mariscal de Broglio, que mandaba el ejército de Bohemia, tenia á sus órdenes á Mauricio de Saxe, á d'Aubigné, Boufflers, Tessé, Clermont, el duque de Biron, y en fin, á Chevert, que no era todavía mas que jefe de batallon en el regimiento de Beaume, y que en aquella campaña debia alcanzar el grado de mariscal de campo y el cordon rojo.

El 23 de noviembre de 1741, fué tomada por asalto Praga. Chevert, al frente de los granaderos, se habia lanzado á la muralla; pero un momento antes de marchar á ella, habia llamado á un sarjento, y le habia dicho, señalándole el ángulo de un bastion :

— Atiende bien. ¿ Subirás por allí ?

— Sí, mi coronel.

— Cuando te aproximes al muro te darán el quién vive.

— Sí, mi coronel.

— Tú no respondas. Repetirán otra vez, quién vive.

— Sí, mi coronel.

— No respondas tampoco, y volverán por tercera vez á gritar : ¿ Quién vive ?

— Sí, mi coronel.

— Tampoco has de responder esta vez, y te dispararán un tiro.

— Sí, mi coronel.

— Pero no te darán.

— Sí, mi coronel.

— Y entonces matarás tú al centinela.

— Sí, mi coronel.

— Y entonces llego yo á tu lado para socorrerte.

— Sí, mi coronel.

El sarjento marchó; todo acaeció como Chevert lo habia dicho, y él llegó al lado del sarjento como lo habia ofrecido.

Tomado Praga, se hizo de esta plaza el centro de las operaciones. Federico estaba en Moravia; Carlos Alberto, elegido emperador por la dieta de Francfort, fué proclamado en Bohemia. Ya se amenaza á Viena, las avanzadas del ejército francés están mas allá de Lintz, y marchan sobre la abadía de Meth. De repente se ve que María Teresa vuelve á tomar la ofensiva; y se sabe que por mediacion de la Inglaterra se ha firmado el tratado de Breslaw, entre la emperatriz y el rey de Prusia.

En pos de este tratado, por el que Federico II reconoce á María Teresa, como emperatriz de Austria, en cambio de la Silesia, se ve venir la coalicion de los pueblos del Norte contra la Francia.

Inglaterra, Dinamarca, Prusia, Rusia y Austria.

Por esto los prusianos y los sajones nos faltaron á la vez; sesenta mil hombres abandonan á un tiempo la línea de operaciones, y de la noche á la mañana los bávaros se ven envueltos por los austriacos, que no tienen necesidad de hacer frente á un enemigo que se ha convertido en aliado. Passaw y Munich en poder de los imperiales, cortan la retirada.

Pero el conde de Belle-Isle, creado mariscal por el rey, acaba de llegar á Praga. Hombre de recursos, el genio de la guerra es en él lo que el genio de la hacienda era en su abuelo.

El mariscal de Broglie, abandonado por los sajones y los prusianos, marchará sobre Praga, donde se encontrarán todas las tropas que se puedan reunir, y entonces, abriéndose paso, se emprenderá la retirada sobre el ejército del mariscal de Maillebois, que estaba en Westphalia.

Esta concentracion se verificó sin gran pérdida; el ejército francés maniobró con admirable precision, y se reunieron treinta mil hombres.

Sesenta mil austriacos, á las órdenes del príncipe Carlos de Lorena, avanzaron hácia Praga.

La noche misma de su llegada, sin darles tiempo para reposar, hicieron una salida doce mil franceses, dispersaron á los austriacos y les hicieron dos mil prisioneros.

Los franceses perdieron al señor Tessé, muerto en la pelea, y el señor Biron herido.

Llegan á París los correos que anuncian la defeccion de Federico: los ejércitos del Rhin y de Westphalia pueden marchar al socorro de los treinta mil franceses encerrados en Praga.

En el ínterin se propone en el consejo que se entablen negociaciones, que se reconozca á María Teresa como emperatriz, y salgan de Praga libres los franceses.

Pero el rey hace observar el fatal efecto que ha de producir la capitulacion de Praga.

El registrador general, Orri, declara que tiene ochenta millones á disposicion del rey para el servicio del Estado y el bien de la patria.

Se determina no negociar. Que se envíe orden á Maillebois de hacer una marcha rápida sobre el Danubio y auxiliar la guarnicion de Praga.

Franceses y austriacos, sitiados y sitiadores, saben al mismo tiempo la marcha de Maillebois.

Despues de cincuenta y seis dias de trinchera, levanta el sitio el príncipe Carlos, y se aleja á favor de la noche para marchar contra Maillebois.

Al instante, el mariscal de Broglie abandona con su ejército el campo atrincherado; Mauricio de Sajonia, que conocia la Bohemia, le sirve de guia; comienzan por libertar la guarnicion de Egrea, y por este medio se ponen en comunicacion con el mariscal Maillebois.

En el momento dispone el mariscal de Belle-Isle la evacuacion de Praga, en la que queda solo Chevert con cuatro mil hombres.

Al cabo de doce dias de marchas admirables, los señores de Broglie y Belle-Isle se reunen al mariscal de Maillebois.

Queda Chevert en Praga con sus cuatro mil hombres, para los que obtendrá una capitulacion con todos los honores de la guerra.

La España por su parte habia invadido la Italia, reclamando á Parma y el Milanesado; pero para esta reclamacion no podia contar con la alianza del Piamonte. Parma y el Milanesado han sido siempre el objeto de la eterna ambicion de la casa de Saboya; por esto la casa de Saboya se adhiere al Austria, su enemiga eterna. Los españoles, secundados por los napolitanos, son los solos que operan en Italia, cuando de repente se aparece en la bahía de Nápoles una escuadra de seis navíos de línea, de sesenta cañones y seis fragatas, todos con pabellon inglés.

El comodoro Martyns mandaba esta flota. Él mismo no sabia lo que venia á hacer en el mar Tyrreno. Tenia despachos cerrados con órden de no abrirlos sino en el golfo de Nápoles.

Llegado á su destino abre sus despachos. Estos contenian la órden para bombardear á Nápoles, si en el término de una hora no se comprometia el rey á retirar sus tropas de la Italia baja y á conservarse absolutamente neutral.

Quedaron, pues, solas y aisladas las tropas de Felipe V ante las tropas austriacas que se hallaban prontas en Italia.

De esta suerte, en menos de tres meses, no solo se habia levantado de su abatimiento la casa de Austria,

sino que tambien se habia coligado con todas las naciones que habia en Europa mas hostiles á la Francia; y el estampido del cañon iba á retumbar desde Nápoles á Strasburgo, del Océano al Mediterráneo.

En estas circunstancias fué cuando falleció el cardenal de Fleury, y cuando la señora de Chateauroux, á semejanza de Inés Sorel, estipuló como condicion de su amor, que el rey de Francia habia de tomar en persona el mando de sus tropas.

---

## CAPITULO X.

El rey quiere marchar al ejército. — Maurepas, Richelieu y la señora de Chateauroux le excitan á que lo verifique. — Marcha del rey. — Su escolta. — La señora de Chateauroux permanece en París. — La señora de Etioles. — Jornadas del rey. — Partida de las señoras de Chateauroux y de Lauraguais. — Mal efecto que produjo su presencia en el sitio de Ipres. — Se marchan á Dunkerque. — Pasa el Rhin el principe Carlos. — El rey en Metz. — El señor de Suze aposentador general. — Enfermedad del rey. — El señor de Richelieu. — Los tres partidos. — Sentimiento del pueblo. — El padre Perusseau, confesor del rey. — Boletin de la enfermedad de Luis XV. — El conde de Clermont. — El señor de Richelieu y Luis XV. — El señor de Soissons. — La Peyronie. — El señor de Champenetz. — El señor de Bouillon. — Triunfo de los enemigos de la duquesa. — Se les manda salir á ella y á su hermana. — La reina. — El señor de Chatillon. — El delfin. — El señor de Chatillon cae en desgracia.

Una doble intriga incitaba al rey á ponerse al frente de su ejército.

El señor de Maurepas por una parte, que queria separar al rey de su querida; y el señor de Richelieu por otra, que queria combatir á presencia del rey.

En cuanto á la señora de Chateauroux , como el duque de Richelieu le habia empeñado su palabra , de que ya de un modo ú otro conseguiria que ella se reuniese con el rey en el ejército , incitaba tambien por su parte al rey para que se pusiese á la cabeza de sus tropas.

Cuatro cuerpos de ejército se habian puesto en pié de guerra , uno en Provenza , dos en Flandes , y el cuarto en el Rhin.

Mandaba el primero , el príncipe de Conti.

El segundo , el mariscal de Noailles.

El tercero , el mariscal de Sajonia.

El cuarto , el mariscal de Coigny.

La escuadra francesa mandada por el almirante Court , acababa de batir el 22 de febrero de 1744 á la escuadra inglesa en frente de Tolon. Este era un hermoso principio de campaña , tanto mas cuanto los franceses no tenian mas que veinte y siete navíos , y los ingleses cuarenta.

El 2 de mayo , comió el rey de ceremonia con la reina ; y la comida se terminó sin que se hubiese hecho mencion del viaje. Despues de comer entró Luis en el cuarto de la reina , con la que habló de algunas cosas indiferentes.

Al salir del cuarto de la reina , dió las órdenes para recogerse y entró en su habitacion como para acostarse ; pero no hizo mas que cambiar de vestido , abrazó con ternura al delfin , escribió á la delfina ; dejó cuatro renglones para la reina , en los que le manifestaba que los excesivos gastos que se ocasionarian por su viaje , le forzaban á dejarla en París. Envió despues á Placencia , casa de campo de París Duvernoy , á las señoras de Chateauroux y de Lauraguais ; mandó que lo acompañase el padre Perusseau , su confesor , entró á

rezar en la capilla , y subió despues al coche con el primer escudero , el duque de Agen y Meuse. Su capellan , el obispo de Soissons , y el marqués de Verneuill , que le llevaba la pluma , le seguian en otro caruaje. El señor de Maurepas por su parte salia para visitar los puertos ; el cardenal de Tencin marchaba á Lyon ; y Orri , San Florentino y el canciller quedaban en París para el despacho de los negocios del Estado.

La marcha del rey se verificó el 3 de mayo de 1744.

Aunque la señora de Chateauroux estaba segura de que no tardaria en reunirse con el rey , no pudo verlo marchar sin inquietud. Habia oido pronunciar dos ó tres veces á su inmediacion el nombre de la señora de Etioles , y siempre que lo escuchaba parecia que un fatal presentimiento asombrase sus amores.

El nombre de la señora de Etioles debia en adelante representar un tan gran papel bajo el nombre de marquesa de Pompadour.

Habia corrido la voz de que la señora de Etioles estaba enamorada del rey. Dos ó tres veces se habia aparecido en las cacerías , en el bosque de Senart , y con tan brillantes trenes , vestida con tanta ligereza y tanta coquetería , que en las reuniones no se hablaba mas que de ella.

La duquesa de Chevreuse tuvo un dia la imprudencia de pronunciar delante del rey , el nombre de la elegante Etioles , y la señora de Chateauroux le dió tal pisoton que cayó con un síncope.

A la mañana siguiente , fué la señora de Chateauroux á ver á la de Chevreuse que se hallaba enferma en cama de resultas de la pisada y le dijo :

— ¿ Pues no sabeis que tratan de hacer que el rey me abandone por la señora de Etioles , y que los ami-



gos de esta y mis enemigos buscan los medios que aun no han alcanzado para conseguirlo?

Estos temores de la señora de Chateauroux, habian contribuido para que ella insistiera con empeño en que el rey marchase á tomar el mando de las tropas.

El 12 llegó el rey á Lila.

El 15 pasó revista en el campo de Giromy.

El 17 comenzó el sitio de Menin.

El 7 de junio, entró el rey en Menin como vencedor.

El 8 las señoras de Chateauroux y de Lauraguais salieron por la noche de la casa de campo de Placencia y tomaron el camino de Lila.

El 17 marchó el rey á sitiar á Ipres, y entretanto las señoras de Chateauroux y Lauraguais se habian incorporado al ejército, donde la presencia de estas dos señoras produjo muy mal efecto.

Por esto, despues de la toma de Ipres, se decidió el rey á enviarlas á Dunkerque. Los soldados las llamaban las cantineras y cantaban bajo sus ventanas las canciones mas insultantes, por el camino y hasta en presencia del rey.

En Dunkerque, adonde fué el rey á reunirse con las dos hermanas, supo que el príncipe Carlos habia pasado el Rhin el 13 de julio; y se decidió á marchar en persona á socorrer á Alsacia. Las señoras de Chateauroux y Lauraguais, le acompañaron; y durante la travesía tuvo cuidado el conde de Suze, aposentador general, de proporcionar que entre la habitacion del rey y la de la duquesa hubiese comunicacion.

El rey debia permanecer en Metz; de consiguiente procuraron que en este pueblo, como en los otros, hubiese comunicacion entre su alojamiento y el de la duquesa. Pero esta señora tuvo que situarse en la abadía de San Arnault, que su abad el obispo de Marsella

habia alquilado al primer presidente, quien cedió su habitacion á la duquesa. Y como se hallaba demasiado distante del rey, fué necesario construir unas galerías que pasasen desde la abadía al cuarto del rey. Para ejecutar esta obra se dió por pretexto que el rey queria pasar á cubierto desde su habitacion á la iglesia; pretexto que á nadie satisfizo; y como fué necesario cerrar cuatro calles y quitarlas de la circulacion para construir la galería, á los habitantes de la ciudad les pareció muy escandaloso el ejemplo que daba el rey á sus amados y fieles vasallos de la provincia.

Desde su salida de París habia sufrido el rey grandes molestias. Luego que llegó á Metz, se sintió indispuerto. Una tarde, la del día 8, le atacó un dolor tan fuerte de cabeza que tuvo que sangrarse aquel mismo día, y el día 9 se purgó. Y Casera, su médico, declaró el mismo día, que siendo bastante grave la enfermedad del rey, no podia responder de su curacion, á menos que no se observase un método muy rígido, y sobre todo que gozase el rey de la mas completa tranquilidad.

Desde entonces se cerraron todas las puertas por orden del duque de Richelieu, y no se permitió que el rey fuese servido sino por sus criados de mas confianza, por el duque de Richelieu y por las señoras de Chateauroux y de Lauraguais.

Mientras esto ocurría se habian formado tres partidos en un instante mismo.

El partido de los ministros.

El partido de los príncipes.

Y el partido del favorito y las favoritas.

Del partido de los ministros, que tenia el mismo interés que el de los príncipes, era jefe el señor Maurepas.

Componian el partido de los príncipes, los señores